

MARÍA VILLAMAYOR

LAS
DOCE
LLAVES



booket

María Villamayor

Las doce llaves



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© María Villamayor, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: abril de 2024

Depósito legal: B. 4.297-2024

ISBN: 978-84-08-28614-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

CAPÍTULO 1

El dulce y espiritual olor a incienso invadía la estancia tenuemente iluminada por las cálidas velas esparcidas en un rincón. Las notas musicales de *The Magic of Nature* se mecían en el ambiente, despejando las mentes y agudizando los sentidos de las decenas de personas que, tumbadas en el suelo sobre sus colchonetas, descansaban relajadas. El CD agotó sus últimas notas dejando atrás el ruido refrescante del agua y el canto de los pájaros. El aula permaneció en silencio durante unos instantes, salvo las gotas de lluvia que tintineaban al caer sobre los grandes ventanales. Había sido una clase dura, pero gratificante, y Sara se sentía colmada de satisfacción al comprobar la expresión de felicidad en el rostro de sus alumnos. El yoga significaba mucho en su vida; era su manera de alcanzar el equilibrio entre cuerpo, mente y espíritu; de hecho, lo llevaba practicando más de diez años, y desde hacía un par daba clases tres días a la semana. Además, podía alternarlo con su propia consulta de psicología.

Sara se levantó del suelo y dio por concluida la clase. Todos se incorporaron en silencio. Tras despedirse hasta el día siguiente, recogió sus cosas y se dirigió a la calle. Aún chispeaba cuando empezó a caminar. Rebuscó el paraguas en su bolso, pero como de costumbre se le había olvidado. Cruzó la calle Burriana de prisa, esquivando los charcos, en busca del coche aparcado a pocos metros de allí. Las frías gotas le resbalaron sobre la cara y Sara se dejó querer. Cómo le gustaba la lluvia, era como si la purificara produciéndole una agradable sensación de bienestar. Sabía que a su madre también le encantaba, ¡lástima que no la tuviera allí con ella! ¡Cómo la echaba de menos! Sus ojos se humedecieron. Esa mañana se había levantado más nostálgica de lo habitual, pero su

optimismo inquebrantable se superponía a cualquier dificultad, así que intentó mantener la mente ocupada en otros pensamientos. Cuando llegó al coche encendió la radio. El espacio reducido del automóvil se vio envuelto en el torbellino de Paulina Rubio con una de sus canciones: *Ni una sola palabra*. Tarareándola salió del aparcamiento dejando que la congoja se evaporara.

El tráfico estaba imposible; en cuanto caían cuatro gotas, no se podía circular por la ciudad. Sara respiró profundamente procurando no alterarse. «Con paciencia se solucionan las cosas», decía siempre Tía Rosa. Por fin consiguió cruzar el puente de Aragón en dirección a la avenida del Puerto, a cuyo término y antes de llegar al muelle encontró un lugar para aparcar, nada fácil a esas horas. Había prometido a su tía que comerían juntas, y tenía tiempo suficiente para echarle una mano en la cocina. Mientras cruzaba la avenida vislumbró su balcón. Cuántas veces había disfrutado desde él de las preciosas vistas del mar Mediterráneo. Por aquel entonces estaba convencida de que lo iba a añorar. Después de haber vivido toda su pubertad y adolescencia allí, había llegado el momento de volar.

Al abrir la puerta percibió el delicioso olor a comida. Sara atravesó el pasillo siguiendo su olfato y fue a parar directa a la cocina.

—Pero ¡qué bien huele esta casa! —exclamó sin poder contenerse y escuchando los ruidos de su estómago.

—¡Hola, pequeña!, ¡qué pronto has llegado hoy! —dijo Tía Rosa mirando el reloj de la pared.

—Tía, ¿cuándo vas a dejar de llamarme «pequeña»? Sabes que ya he entrado en la treintena.

—¡Sí, pero hace bien poco! —replicó ofendida—. ¡Además, para mí siempre serás mi pequeña! ¿O acaso no te he criado yo?

—Sí, tía, tienes toda la razón. —Sara sabía que no podría con ella en ese tema, de manera que se le acercó y sonriéndole le dio un beso en la mejilla—. ¿Cómo has adivinado que hoy me apetecía comer arroz a banda?

—Pues porque te conozco muy bien, pequeña. —Esta vez ese «pequeña» sonó de forma sarcástica.

Sentadas a la mesa degustaron el menú en un ambiente agradable. Sara sabía de antemano que la armonía se esfumaría en cuestión de segundos.

—Tía, me han llamado de la inmobiliaria y creo que he encontrado lo que buscaba.

—¡Pero Sara! —exclamó su tía disgustada—, ¿tanta prisa tie-

nes para irte? Llevas conmigo desde los siete años, no me voy a hacer a la idea de no tenerte aquí todos los días. Primero Alejandra, y ahora tú.

El dolor ensombreció el rostro de su tía. El corazón de Sara se hizo añicos al verlo y al oír pronunciar su nombre de pila. Solo la llamaba así cuando estaba enfadada o dolida, y sabía que ahora se trataba de lo segundo.

—No es eso y lo sabes —dijo Sara compungida—, ya lo hemos hablado muchas veces, pero entiendo que necesito ser independiente. No puedo estar en tu casa toda mi vida. Te prometo que vendré a verte casi todos los días.

—¿Cuándo lo has visto? —preguntó su tía con aparente entereza.

—Para ser sincera, porque no puedo mentirte, hace una semana que fui a verlo, pero no me he atrevido a decírtelo antes. Para mí no es fácil dejar esta casa ni dejarte a ti. —En ese momento le cogió la mano entre las suyas para demostrarle su cariño—. Nunca podré agradecerte lo suficiente que nos hayas criado a mi hermana Alejandra y a mí. Pero ya no somos unas niñas. Mira a mi hermana trabajando cada año en una ciudad distinta y nunca sentando la cabeza. Tía, ¡ya has hecho bastante! A decir verdad, mucho más de lo que debías. Has sacrificado muchas cosas y te doy las gracias por ello.

Tía Rosa sacó un pañuelo del bolsillo del delantal y se secó los ojos intentando disimular las primeras lágrimas.

—Mi pequeña —susurró tiernamente—. He de reconocer que sois unas verdaderas mujeres y que sabéis defenderos perfectamente solas. No quiero que pienses que soy una egoísta, aunque en el fondo puede que lo sea.

Sara se levantó y la abrazó. ¡Cuánto quería a esa mujer! Esa mujer que era su segunda madre. Su tía la correspondió con el cariño que se le da a una verdadera hija. A continuación, y tras unos minutos de incontenible emoción, Sara se sentó frente a ella y la miró con desmesurado afecto.

—¿Qué sabes del piso? —preguntó su tía interesada—. ¿Dónde está?

Sara se desvivía por ponerla al día.

—Es un ático precioso, con techos altos, dos habitaciones y un amplio y luminoso salón. —Sara estaba eufórica, radiante de felicidad mientras describía su futura casa con todo lujo de detalles—. Y lo mejor de todo: está en la calle Quart, justo donde yo quería,

en el barrio del Carmen. La fachada es antigua, totalmente reformada respetando el casco histórico de la ciudad. Desde la terraza veo las Torres de Quart. ¡Tía, me encanta! ¡Es perfecto! Se pasa un poco de mi presupuesto, pero creo que podré con ello.

—Si necesitas algo, lo que sea..., yo con tal de ver esa cara de alegría —se ofreció su tía contagiada por la emoción de su sobrina.

—Tranquila, y gracias de todos modos.

—¿Cuándo está previsto que sea tuyo?

—Me dan las llaves a finales de febrero. Tengo unos veinte días para ultimar los detalles del traslado.

Los días se sucedieron con cruel lentitud. Sara, estresada, intentaba llegar a todo. La consulta y las clases de yoga cada vez se le hacían más pesadas y no lograba concentrarse. En su mente solo tenía cabida un objetivo: el ático de la calle Quart. Pero «todo llega en esta vida», como también solía decir Tía Rosa a menudo. El día que tanto esperaba amaneció soleado en plena estación invernal.

Sara estaba nerviosa y le sudaban las manos; no paraba de morderse los labios retirando el brillo del carmín que se había aplicado una hora antes. Se veía ridícula dentro de ese traje de chaqueta marrón, con esos zapatos altos de salón que solo se ponía en contadas ocasiones, y que su tía se había empeñado en que debía llevarlo el día de la notaría para causar buena impresión. Así que ahí estaban las dos en la sala de espera más rococó que Sara había visto en toda su vida. Con un sofá y unos sillones sacados de alguna película histórica francesa inspirada en el siglo XVIII, y con tantos cuadros en las paredes que, más que una notaría, aquello parecía el Museo del Louvre. En ese mismo instante, se abrió la puerta y salió una mujer de unos cincuenta años. Sin mediar ni una leve sonrisa pronunció:

—¡Sara Ferrer!

—Sí, soy yo —respondió la joven levantándose tan rápidamente como si le hubieran pinchado con alfileres.

—¡Entre, por favor! —añadió la mujer mientras le indicaba el camino con la mano.

Sara entró en el despacho seguida de su tía, unidas por cómplices miradas. Pasados unos cuarenta y cinco minutos, volvían a salir con una sonrisa de oreja a oreja y la boca seca por los nervios acumulados.

Ya en la calle y cogida del brazo de su tía, Sara admiraba las

simples llaves del ático que lucían en su mano como el mejor de los diamantes. Se dirigieron al coche situado a pocos metros y, sin pensarlo dos veces, se encaminaron hacia la calle Quart.

Ante el antiguo portal de madera oscura combinada con cristal, Sara introdujo su llave por primera vez y oyó el mismo chirrido que cuando el comercial de la inmobiliaria se lo enseñó tiempo atrás. Entraron y se dirigieron al ascensor. Un joven moreno y despeinado, envuelto en un perfume fresco y varonil, bajó con su dóberman por las escaleras dándole un pequeño empujón a Tía Rosa.

—¡Perdón, señora, es que todavía estoy medio dormido! —se disculpó el joven.

—¡Pues son las dos del mediodía, hijo! ¡A ver si nos lavamos la cara antes de bajar a la calle! —Su tono fue de auténtico fastidio.

—¡Tía! ¡Cómo eres! Quieres callarte, a lo mejor ha tenido una mala noche —protestó Sara avergonzada—. ¡Vaya manera de presentarse ante los nuevos vecinos!

—¡Sí, muy mala! —continuó Tía Rosa descarada—. ¡Ahora, eso sí, la cara no se la habrá lavado, pero la botella de colonia la ha dejado seca! Este no ha dormido en toda la noche, ¡te lo digo yo!, pero si tenía los ojos igual de hinchados que un conejo. ¡Claro que, con semejante perro, cualquiera duerme pensando que, de un momento a otro, te va a morder en la yugular!

—Eres imposible, tía —la increpó Sara abochornada, sabiendo que no tenía remedio—. Aunque la verdad es que sí que da un poco de miedo, espero no encontrármelo en plena noche —murmuró cargada de temor; no era muy amante de los animales grandes.

Cuando llegaron al ático ya se había olvidado del vecino y su mascota. El corazón de Sara brincaba de emoción. No podía creerse que ese piso fuera ya suyo. Recorrió cada estancia y abrió los ventanales dejando que la luz se apoderara del interior. Se sentía la mujer más afortunada de la faz de la tierra. ¿Qué más cosas buenas le podían pasar? De repente su teléfono empezó a sonar sacándola de esa nube de dicha.

—¿Dónde he puesto el bolso? —dijo mirando hacia un lado y otro.

—Está en el suelo de tu habitación —contestó su tía. Sara descolgó el móvil, contenta al ver quién la llamaba.

—Hola, ¿cómo estás? Llevo una semana sin saber nada de ti. ¿Dónde te metes? No respondes a mis llamadas.

—Vamos, Sara, ¡no te enfades conmigo! —se oyó decir al otro

lado de la línea—. Me robaron el bolso con el móvil dentro, por eso no podías ponerte en contacto conmigo.

—¿Que te robaron el bolso? ¡Cuéntame! —indagó Sara preocupada.

—Sí, pero ya está todo arreglado. ¡No hay más que contar! Además, tengo una buena noticia. Por cierto..., ¿no era hoy el día en que firmabas la escritura del piso?

—¡Sí, ya es mío! Alejandra, estoy en el ático. Cómo me gustaría que estuvieras aquí.

—Pues debes de ser un poco bruja porque vuelvo a Valencia, así que, si tienes una habitación libre, hasta me puedo ir a vivir contigo.

Sara no podía creerse todo lo que estaba sucediendo. Hacía más de cinco años que no vivían juntas.

—No sabes cuánto me alegro. Cuenta con ello. ¿Y cómo es que vuelves?

—La revista para la que trabajo se ha fusionado con otra que tiene la sede en Valencia, así que he pedido el traslado y me lo han concedido.

—¿Cuándo vienes? —preguntó Sara ansiosa.

—Pues no te lo vas a creer, pero en quince días espero tenerlo todo organizado.

—Entonces pasarás las Fallas con nosotras —dedujo Sara contentiéndole la euforia.

—Me temo que sí. Dale un beso a Tía Rosa. ¡Sara, te tengo que dejar! Hablaremos más tarde.

—Muy bien. Un beso, cuídate.

Sara colgó la llamada y puso al corriente a su tía, que se alegró mucho. Volvían a estar las tres juntas de nuevo.

Las dos últimas semanas transcurrieron en un abrir y cerrar de ojos. Tía y sobrina habían unido fuerzas exprimiendo las horas y sacándoles el máximo jugo. Ahora, mientras admiraban sus progresos en el nuevo piso de Sara, sonreían de satisfacción ante un trabajo bien hecho mientras degustaban unos bocadillos de tortilla de patata.

—Hemos batido un récord —murmuró Sara con la boca llena.

—Nunca pensé que en tan solo quince días nos daría tiempo a pintarlo, limpiarlo y acondicionarlo.

—Si no hubiera sido por tu ayuda... —añadió la joven sumamente agradecida.

—Tonterías... ¿Para qué te crees que están las tías, si no? Esta tarde solo nos quedan por colocar esas cajas con tu ropa y poco más.

—Tía, ¿has cogido el pequeño baúl de mis padres? —le preguntó Sara con una angustia repentina—. Le he perdido la pista y no me gustaría que se hubiese extraviado con todo este jaleo.

—Sí, no padezcas —contestó con dulzura—, es lo primero que metí en el coche. Debe de estar en alguna de las cajas.

Sara recobró la tranquilidad al escuchar a su tía. El solo hecho de pensar que se podía haber perdido le había acelerado el ritmo cardíaco. Ese baúl contenía los únicos y escasos objetos personales que conservaban de sus padres. Su valor sentimental no tenía precio. Siempre que estaba nostálgica lo abría y repasaba las decenas de fotografías que había manoseado miles de veces, salpicándolas con alguna que otra lágrima, y se colocaba las alhajas de su madre como si ello le hiciera sentirla más cerca o quizás pensar que todavía no se había ido.